

cientas acémilas cargadas de botín y veintidos estandartes (1). Y aun faltanos explicar otra pérdida que para el reino granadino fué la mas sensible de todas.

Llevaba ya tres dias en la torre del Homenaje de Lucena el ilustre cautivo, sin que se hubiese dado á conocer sino como un caballero de la familia de Alnayar. Unos prisioneros granadinos conducidos á la misma prision, tan pronto como le vieron, se postraron á su presencia y prorumpieron en sentidos lamentos nombrándole su rey y señor. Entonces el desconocido personaje se vió ya en la necesidad de descubrirse al alcaide de los Donceles. Era el mismo Boabdil, el rey Chico de Granada. Noticióselo el sorprendido alcaide á su tío el conde de Cabra, y ambos redoblaron entonces sus atenciones tratándole como rey, y procurando mitigar su pena y consolarle en su infortunio (2). Un noble moro llevó la infausta nueva á la sultana madre y á la tierna Moraima, esposa del rey cautivo, las cuales oyeron transidas de dolor la noticia de su desventura. En Granada se le habia creído muerto, y aprovechando aquellos momentos de perturbacion el viejo y activo Muley Hacen salió precipitadamente de Málaga, y presentándose de improviso en la Alhambra, fué restablecido sin oposicion en el trono de que su mismo hijo le habia antes lanzado. Solo la sultana madre se mantuvo inflexible, y no queriendo vivir bajo el mismo techo que abrigaba á su ingrato esposo y á su rival aborrecida, no temió provocar las iras del anciano Muley, retirándose con sus tesoros y sus doncellas á vivir en el Albaicin. Desde allí dirigió cartas á su hijo animándole y consolándole, y despachó una solemne embajada compuesta de todos los nobles de su partido al rey don Fernando que se hallaba ya en Córdoba, ofreciendo una gran suma de dinero y multitud de cautivos cristianos por el rescate de su hijo.

El rey habia hecho trasladar á Córdoba al desgraciado Boabdil con gran ceremonia y con suntuosa comitiva de caballeros andaluces, y satisfecho el orgullo del monarca con ver humillado á su presencia en la antigua corte de los califas al coronado prisionero, le hizo conducir con igual respeto á la fortaleza de Porcuna. Oida la embajada y proposicion de la sultana, sometió el rey Fernando á la deliberacion de su consejo si se habia ó no de acceder al rescate del rey Chico. El maestro de Santiago y los de su bando opinaron por que debia conservarse como prenda de inmenso valor, y que no debia dársele libertad en manera alguna. De contrario parecer el marqués de Cádiz, expuso que nada le parecia mas conveniente á la causa cristiana que la libertad del príncipe, porque ella sola bastaria para encender la discordia y la guerra civil entre los musulmanes, lo cual equivalia á muchos triunfos. Apoyó este dictámen el cardenal de España; quiso tambien Fernando tomar consejo de su esposa Isabel, que permanecia en las provincias del Norte, y como la reina se adhiriese al voto del venerable cardenal y del esforzado marqués, quedó deliberado el rescate de Boabdil con las condiciones siguientes: 1.º Abdallah (Boabdil) seria vasallo fiel de los reyes de Castilla: 2.º pagaria un tributo anual de doce mil doblas de oro: 3.º entregaria cuatrocientos cautivos cristianos: 4.º daria paso por sus tierras á las tropas cristianas que fuesen á hacer la guerra á su padre Muley Hacen y á su tío el Zagal: 5.º se presentaria en la corte cuando á ella fuese llamado, y daria su hijo y los de los principales nobles en rehenes para la seguridad de aquel concierto: 6.º se guardarian treguas por dos años entre los dos príncipes.

Aceptadas por Boabdil las humillantes condiciones del rescate, acordóse que tuviesen los dos reyes una entrevista en Córdoba. Fué, pues, conducido el rey moro á aquella ciudad con gran cortejo de duques, condes y caballeros cristianos.

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 61.—Pulgar, Crón., p. III, c. 20.—Conde, Domin., p. IV, c. 36.—Carvajal, Anal., Año 1483.—Marmol, Rebel., lib. I.—El abad de Rute, Hist. de la casa de Córdoba, MS., libro V.—Salazar de Mendoza, Crón. del Gran Cardenal, l. I, c. 54.—Pedraza, Antig. de Granada, y otros.

(2) No era Boabdil un imbécil ni un cobarde, como le han representado equivocadamente muchos de nuestros escritores, y bien lo acreditó en el combate de Lucena. Era, sí, desgraciado en sus combinaciones políticas y alumbábase mala estrella en sus empresas, por lo cual le apellidaron los moros con el epíteto de *El Zogóbi*, el Desventurado.

Recibido en el alcázar con toda etiqueta y ceremonia, hizo Boabdil el ademán de querer besar la mano á Fernando doblando la rodilla y llamándole su libertador. Levantóle Fernando cariñosamente, diciendo que no podia permitir aquella humillacion. Concluidas las ceremonias y ajustadas definitivamente las condiciones, un caballero abencerraje llevó en rehenes á Córdoba al tierno hijo de Boabdil y de Moraima y á otros nobles mancebos granadinos (31 de agosto), y el desventurado padre pasó por el trance amargo de despedirse de su amado hijo, con lo cual partió libre para la frontera, escoltado por un cuerpo de caballeros y donceles andaluces, lleno de regalos que le hizo el rey Fernando, y con la esperanza de recobrar otra vez su trono.

Esperábanle ya en la frontera varios personajes de su partido enviados por la sultana madre, y aunque estos le expusieron con lealtad la triste situacion de los de su bando y los peligros que corria de caer en manos de los agentes y espías de su padre en el caso de que intentase entrar en Granada, Boabdil arrojó por todo, prosiguió su camino, y tuvo la fortuna de llegar de noche y sin ser sentido hasta el pié de los muros del Albaicin, donde entró por un postigo secreto, siendo recibido con lágrimas y abrazos por las dos sultanas Aixa y Moraima. Antes de amanecer atronaba ya las calles de Granada el estruendo de los atabales y trompetas, y la gritería de los Abencerrajes que tremolando el pendon de guerra proclamaban segunda vez á Boabdil. El viejo Muley y su ministro Abul Cacim Venegas despertaron espavoridos, aprestaron su gente, y lanzándose alfanje en mano á las calles sus mas adictas tribus, especialmente la de los zegries, empeñóse un general y mortífero combate entre los fogosos partidarios del padre y del hijo. Los de Boabdil se vieron forzados á abandonar el centro de la poblacion y replegarse á la Alcazaba. Abundantemente corrió la sangre musulmana todo aquel dia por las calles de la ciudad; la noche y el cansancio suspendieron aquellas escenas sangrientas, para renovarse con igual ó mayor furor al siguiente dia. Parecia que unos y otros habian jurado no descansar hasta ver el total exterminio de sus contrarios: calles y plazas estaban sembradas de cadáveres, y muchos valientes á quienes no habian alcanzado nunca las lanzas cristianas sucumbieron á los golpes del acero musulman. Bien cumplido vió su objeto el marqués de Cádiz cuando en la asamblea de Córdoba aconsejó la libertad de Boabdil como medio para atizar las discordias y la guerra doméstica entre los moros. Mediaron al fin los venerables jeques granadinos, asustados de tanta matanza, y merced á su intercesion cesó la mortandad, se celebró un armisticio, se entró en negociaciones, y Boabdil aceptó el partido que le ofrecieron de ir á establecerse como rey á Almería con la gente de su bando. Así se dividió el pequeño reino granadino.

Penetrado el viejo Muley de que para conservar á su devocion la plebe, necesitaba mantener el entusiasmo religioso, teniendo de continuo empleadas las armas contra los cristianos, mandó á los gobernadores de Málaga y Ronda, el veterano Bejir y el intrépido Hamet, jefes de la formidable tribu de los zegries, que con estos adustos guerreros y los feroces gomeles corrieran y devastaran las tierras llanas y las fértiles campiñas del suelo andaluz. Como manadas de hambrientos lobos se desprendieron por las vertientes de la serranía sobre los feraces campos del reino de Sevilla los semi-salvajes africanos que poblaban las breñas y bosques de Ronda, apresando ganados y haciendo cautivos. Mas no contaban ellos con la vigilancia de don Luis Portocarrero y del marqués de Cádiz, que por la parte de Utrera y Moron el uno, por la de Jerez el otro, con los vasallos de sus alcaldías y señoríos, y con algunas compañías de las hermandades se aprestaron á contener y castigar aquellas feroces bandas. Encontráronse andaluces y africanos á las márgenes del Lopera; embistiéronse unos y otros con recio furor; herido de un bote de lanza y prisionero el valiente Bejir de Málaga, desalentáronse los moros, y en su azorada fuga dejaron hasta seiscientos entre muertos y cautivos, contándose entre los primeros el alcaide de Velez Málaga, y entre los segundos los de Alora, Marbella, Comares y Coin. Hamet el Zegri, conducido por un cristiano renegado, pudo por los campos de Lebrija ganar la serranía con algunos de su cua-



drilla é internarse en los bosques con el resto de los fugitivos. Recobraronse en el combate del Lopera muchas espadas, corazas y escudos de los que se habian perdido en la Ajarquía, y que con orgullo venian ostentando en sus manos y en sus pechos los moros de las montañas. Quince estandartes cogidos en aquella accion fueron enviados á Fernando é Isabel, que á la sazón se hallaban en Vitoria consagrados á otros negocios del reino, y los reyes celebraron el triunfo con repiques de campanas, luminarias y procesiones (1).

Las victorias de Lucena y del Lopera dejaron muy quebrantado el poder de los moros; la frontera de Ronda quedó muy enflaquecida, y los cristianos pudieron emprender con desahogo un sistema de ataques y de irrupciones que fueron viendo coronado con éxito feliz. La fortaleza de Zahara, de funesto recuerdo, y principio que habia sido de esta guerra, fué recobrada por las fuerzas reunidas de Portocarrero y del marqués de Cádiz. Las mieses y viñedos de las comarcas de Alora, Coin y Cártama, cuidadas con esmero por los musulmanes, quedaron taladas en una correría que el ejército andaluz hizo desde Antequera. El conde de Tendilla disciplinaba y moralizaba la guarnición de Alhama, ejercitaba sus soldados en excursiones devastadoras, y desafiaba desde el estrecho recinto de aquella ciudad el poder del soberbio Muley Hacén y de todo el reino granadino. El intrépido y valeroso Hernán Pérez del Pulgar (2) comenzó aquí á distinguirse por aquella serie de difíciles aventuras y de heroicos hechos que le merecieron despues el renombre de *el de las Hazañas*. Hombre de energía, de talento y de moralidad el conde de Tendilla don Inigo Lopez de Mendoza (3), entre los medios que discurrió para acallar las quejas de los soldados por los atrasos de sus pagas, y en la imposibilidad de pagarles en metálico, de que los mismos reyes carecian ó escaseaban, merece notarse la invencion del papel-moneda, que tal puede llamarse la moneda de carton que dió á su tropa á falta de dinero, obligando bajo las mas severas penas á admitirla en pago de toda especie de artículos, y empeñando su palabra de que sería cambiada á su tiempo por la moneda de metal. Tal era la confianza que inspiraba la rectitud del conde, que no hubo quien rehusara admitirla, y los valores de aquellos signos fueron despues cobrados puntualmente (4).

Considerando los reyes Fernando é Isabel que era llegado ya el caso de adoptar un plan ó sistema general de guerra, y consultado con los nobles y caballeros reunidos en Córdoba, acordóse ir estrechando el círculo del reino granadino, atacando los pequeños fuertes fronterizos, haciendo incesantes talas en toda la línea, devastando los fértiles territorios de la circunferencia, y dejando sin recursos y como aisladas las ciudades principales del centro. Reconocida la necesidad y la utilidad de la artillería para estas operaciones, pensaron los reyes muy seriamente en los medios de aumentar esta arma terrible; al efecto se construyeron fraguas, se acopiaron materiales, se fabricaron lombardas y piezas menores, y á costa de grandes esfuerzos llegó á obtenerse respetables trenes; y á pesar de la imperfección en que todavía se hallaba esta arma por aquel tiempo en toda Europa, se mejoró notablemente y se empleó con gran ventaja en aquella campaña. Para el transporte de cañones por las ásperas y tortuosas veredas que conducian á los fuertes iban delante azadoneros con hachas, picos y palas, cortando árboles, desbrozando terrenos y abriendo anchos caminos. La primer fortaleza que se rindió á los ataques de la artillería en aquel año (1484) fué la de Alora, donde el comendador mayor de Leon don Gutierre de Cárde-

(1) Pulgar, Crón., p. III, c. 25.—Salazar, Crón. de los Ponces de Leon, Elog. 17.

(2) Era natural de Ciudad Real, pero oriundo de Asturias y descendiente por la línea materna de la esclarecida familia de los Osorios, sobrino de don Luis Osorio, obispo que fué de Jaén. Habia sido confínio de la casa real, y desde la guerra de Portugal se habia hecho notable por su brio y gentileza.

(3) Era el segundo conde de este título, nieto del célebre marqués de Santillana, y sobrino del cardenal Mendoza.

(4) Washington Irving, en su Crónica de la Conquista de Granada, lo cita como el primer ejemplar del uso del papel moneda, que tan general se ha hecho despues en los tiempos modernos.

nas y don Luis Fernandez Portocarrero, el vencedor del Lopera, enarbolaron las banderas de Castilla y Aragon reunidas. Setenil, que en otro tiempo habia resistido á los terribles ataques de don Fernando el de Antequera, vió sus muros horadados y abiertas en ellos muchas brechas por los certeros tiros de las baterías dirigidas por el marqués de Cádiz. Los moros capitularon con la condicion que se les otorgó, de abandonar para siempre aquellos hogares permitiéndoles trasladarse á Ronda.

En el intermedio de estos ataques no se abandonaba el sistema de talas. Hasta treinta mil hombres estaban destinados á hacer incursiones en las feraces llanuras, é internándose alguna vez en la vega de Granada, y llevando su atrevimiento hasta acercarse á tiro de ballesta de la puerta de Bibarambla incendiaban mieses y viñedos, cortaban árboles, destruian alquerías y molinos, inutilizaban acequias, y volvian á Córdoba satisfechos de sus devastadoras correrías.

Favorecianles en verdad las desavenencias y bandos que traian divididos y enflaquecian el poder de los moros. Los partidos de Muley y de Boabdil seguian encarnizados, y se achacaban mutuamente los infortunios que sufrían. El anciano Muley yacia postrado en cama y casi ciego, pero sostenia su facción su vigoroso hermano el Zagal. A punto estuvo este príncipe de apoderarse una noche de la persona de su sobrino Boabdil, que continuaba en Almería con un simulacro de corte. Unos traidores alfaquíes le abrieron las puertas de la ciudad, pero advertido momentos antes el rey Chico por un espía, logró salvarse con sesenta jinetes de su confianza, y corriendo por ásperas veredas camino de Córdoba se fué á refugiarse al abrigo de los monarcas cristianos. Cuando el Zagal penetró en el palacio de su sobrino Abdallah, solo encontró á su madre y á su hermano menor, á quienes hizo prisioneros, y desahogó su rabia mandando degollar á cuantos caballeros abencerrajes pudieron ser habidos. El desgraciado Boabdil fué muy benévolamente acogido en Córdoba, y los reyes de Castilla, aprovechando aquellas disensiones de los musulmanes, lejos de aprisionar al fugitivo príncipe, dieron orden á sus caudillos para que le protegieran en su guerra contra Muley y respetaran y miraran como amigos á los pueblos que aun obedecian á Boabdil. Al propio tiempo reforzaron las escuadras del Mediterráneo para que vigilasen y explorasen cuidadosamente las playas berberiscas y no permitiesen que de África viniese un solo buque con gente, ni armas, ni mantenimientos, á los puertos del reino granadino.

Alma de esta guerra la reina Isabel, que á todo atendia y de todo cuidaba, que así alentaba al rey su esposo como animaba á los nobles caudillos y sabia estimular al simple soldado, que velaba incesantemente por que no faltasen al ejército dinero, armamentos ni viveres, y que ansiaba el momento de ver plantada la cruz en todos los dominios españoles, no dejaba que sufriese la campaña sino las interrupciones indispensables. Fiel intérprete de sus pensamientos el rey Fernando, que muchas veces habia ya dirigido en persona las operaciones, salió de Córdoba la primavera siguiente (5 de abril, 1485) al frente de veinte mil infantes y hasta nueve mil caballos. Indulgente Fernando con los vencidos una vez rendidos, pero duro é inexorable con los que faltaban á las capitulaciones, hizo un escarmiento cruel con los moros de Benamejí, que despues de haberse declarado mudejares ó vasallos de Castilla habian faltado á su palabra y rebelábase de nuevo. Asaltada la villa y entregada á las llamas, llevó su desapiadado rigor al extremo de hacer colgar de los muros á mas de ciento de sus principales moradores, despues de reducir á esclavitud el resto de la poblacion, hombres, mujeres y niños (5).

Sin perder momento pasó á cercar la villa de Coin, y no tardaron sus baterías en aportarillar y desmantelar una parte de las murallas. Pero el terrible Hamet el Zegri, seguido de un escuadron de sus ligeros y atezados africanos, rompió animosamente las filas de los sitiadores, y atropellando jinetes y

(5) Bernald., Reyes Católicos, c. 76.—Lebrija, Rer. Gestar., Decades, II, lib. IV.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, Rey don Fernando.—Banamaquex llama Pulgar á esta poblacion, y Prescott la nombra Benemaquex.

peones cristianos logró penetrar en la plaza y reanimar su desalentada guarnición. Un fogoso castellano, el capitán Pedro Ruiz de Alarcón, que tuvo la temeridad de entrar con su compañía por la brecha hasta la plaza de la villa, se vió envuelto en una nube de dardos y de piedras que de todas partes le arrojaban, y sobre todo por los aceros de los feroces zegríes, que se cebaron en acuchillar á toda la compañía. «Retiraos, le decia á Pedro Ruiz uno de los pocos que quedaban, viéndole defenderse de una turba de moros.—No entré yo aquí, contestó el castellano, á pelear para salir huyendo.» Sucumbió á fuerza de heridas aquel capitán valeroso. Pero la artillería seguía derribando muros y casas, y los moros tuvieron que capitular, si bien arrancando la condicion de asegurar sus vidas y personas. Con aire arrogante y soberbio salió Hamet el Zegri al frente de sus africanos por entre las filas cristianas, mirando como con altivo desden á sus enemigos. A la rendición de Coin siguió la de Cártama, que habia sido batida simultáneamente, y tal vez hubiera Fernando intentado un golpe sobre la misma Málaga, si tan oportunamente no se hubiera presentado con tropas de Granada el activo Abdallah el Zagal.

Pero en cambio otra empresa mas ruidosa y tal vez mas importante y no menos digna se le deparó al ejército cristiano. Ronda, la capital de la serranía de su nombre, situada en un país fragoso sobre una roca cortada por un tajo formando á sus pies un abismo, defendida por otra parte con torreones y castillos fabricados sobre peña viva; ciudad tan fortalecida por la naturaleza que parecia hacer superfluas todas las fortificaciones del arte, se miraba como inaccesible y se hallaba por esta misma confianza casi desamparada, segun aviso secreto que de ello tuvo el marqués de Cádiz, empleados los moros de la serranía en correr con Hamet el Zegri las campañas de Medinasidonia. Aprovechando tan propicia ocasion destacó inmediatamente el rey Fernando al mando del marqués un cuerpo de ocho mil peones y tres mil caballos con la artillería que habia servido para batir á Coin y Cártama, distraiendo él las fuerzas enemigas con un simulado ataque sobre Loja para dar lugar á que fuesen trasportados los cañones y lombardas. Logrado este objeto, revolvió haciendo un rodeo sobre Ronda, cuyos habitantes se vieron sorprendidos con la aparición inopinada del ejército cristiano que circundaba sus ríseos y torreones, y se extendia por los desfiladeros de sus montañas. Halláronse en el cerco, además del rey, el marqués de Cádiz, el adelantado de Castilla, el conde de Benavente, con las milicias de Córdoba, Ecija y Carmona, y muchos castellanos, los maestros de Alcántara y de Santiago con los caballeros de sus respectivas órdenes. Comenzaron á jugar las baterías por tres diferentes puntos, y al cuarto día habian desalmado ya algunas torres y aportillado la muralla. En vano los defensores, acaudillados por el alguacil mayor, procuraban resistir al abrigo de empalizadas formadas en las calles. Mientras los soldados del conde de Benavente y del maestro de Alcántara penetraban á cuerpo descubierto por la brecha y avanzando por las calles las desembarazaban de los maderos y faginas que las obstruian, vióse con sorpresa y admiración á un caballero cristiano que, protegido por algunos de sus compañeros, habiendo escalado una casa se iba encaramando de tejado en tejado hasta plantar su bandera sobre la cúpula de la mezquita principal. Este intrépido guerrero era el alfez don Juan Fajardo. Asombrados los moros con este acto de inusitado arrojo y con la gritería de todo el ejército, se refugiaron despavoridos al alcázar (1).

Dueños eran ya los cristianos de la ciudad, cuando acudió Hamet el Zegri con sus montañeses en socorro de los rondes, pero detenido en las angosturas de la sierra por las compañías que guardaban aquellos pasos, tuvo que detenerse y

(1) Esta conquista de Ronda, además de las que hemos referido, y de otras de que aun daremos cuenta, fueron de tal importancia, que extrañamos mucho le parecieran á Prescott de tan poca consideración, que las haya omitido diciendo, que en la campaña de 1483 á 1487 no ocurrió ni un solo sitio ni una sola hazaña militar de gran momento. *No siege or single military achievement of great moment occurred until nearly four years from this period, in 1487.—History of the reign of Ferdinand and Isabella, part. I, chap. 11.*

oir mal de su grado el orgulloso capitán moro el estruendo de las lombardas y el estrépito de los torreones del alcázar de Ronda que caian desplomados. Las ruinas de la fortaleza, la escasez de agua y de viveres, los lamentos de las víctimas, el llanto de las mujeres y de los niños de la ciudad, los ruegos de los ancianos, todo movió á aquellas apuradas gentes á enarbolar bandera de parlamento y á ofrecer la rendición con tal que se les diera seguro de vidas y haciendas, y permiso para trasladarse á África, á Granada, y aun á Castilla para vivir en este último reino como mudejares. Fernando con su acostumbrada política en tales casos aceptó las condiciones, añadiendo la de que habian de entregársele todos los cristianos cautivos (mayo, 1485). En su virtud los moros mismos sacaron de las mazmorras y le presentaron hasta cuatrocientos infelices, macilentos, demacrados y medio desnudos, muchos de ellos encerrados allí desde la catástrofe de la Ajarquía. Como testimonio glorioso de su triunfo los envió el rey Fernando á Córdoba; á la vista de aquellos esqueletos vivientes se conmovieron con melancólica alegría las entrañas de la piadosa Isabel, que despues de darles á besar su mano y de consolarlos como una madre, mandó que inmediatamente se les suministrara alimentos y vestidos, y se les facilitasen recursos para que fuesen á reponerse en el seno de sus familias (2).

Convertidas en templos cristianos todas las mezquitas de Ronda, comisionado el alcalde de corte don Juan de Laftente para deslindar las casas sin dueño y las heredades baldías de las poblaciones ganadas que habian de distribuirse entre los conquistadores, castigados ejemplarmente por el rey algunos soldados que se propasaron á maltratar á las mujeres moras ó á ultrajar á los rendidos, evacuada la ciudad por los sarracenos, los unos para emigrar á África, los otros para establecerse como mudejares en las aldeas de la montaña, recibida la sumisión de mas de sesenta alcaides de las fortalezas y lugares de la sierra que llenos de pavor imploraban la clemencia del monarca cristiano, avanzadas las líneas de frontera algunas leguas mas adelante, reparados algunos castillos y nombrados los gobernadores de cada punto, el rey Fernando regresó á Córdoba (julio) á recibir los plácemes y el cariño de la afectuosa reina y las aclamaciones del pueblo enloquecido con los resultados de tan brillante campaña (3).

Proseguian en tanto las discordias que destrozaban entre sí á los moros. Las derrotas que iban sufriendo no hacian sino exaltar mas al ya harto irritado pueblo granadino, que á pública voz maldecia á sus gobernantes y les imputaba todos sus infortunios. Un día un sabio alfaquí, llamado Maser, hombre de grande autoridad en las juntas populares, viendo anomadados los partidos del padre y del hijo, de Muley y de Boabdil, habló al pueblo de esta manera: «¿Qué furor es el vuestro, ciudadanos? ¿Hasta cuándo seréis tan desacordados y frenéticos, que por las pasiones y codicias de otros os olvideis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de vuestra patria? ¿Cómo así quereis ser víctimas los unos de la ambición injusta de un mal hijo, y todos de dos hombres sin valor, sin virtud, sin ventura y sin cualidades de reyes? Si tanta ilustre sangre se derramara peleando contra nuestros enemigos y en defensa de nuestra cara patria, nuestras banderas llegarían como en otro tiempo victoriosas al Guadalquivir y al apartado Tajo.... No falta en el reino algun héroe, y esforzado varón, nieto de nuestros ilustres y gloriosos reyes, que con su prudencia y gran corazón pueda gobernarlos y conducirnos á la victoria contra los cristianos. Ya entendedeis que os hablo del príncipe Abdallah el Zagal, wali de Málaga, y terror de las fronteras cristianas.»—Al oír estas últimas palabras, todos gritaron á una voz: «¡Viva Abdallah el Zagal, viva el wali de Málaga, y sea nuestro señor y caudillo (4)!» Noticioso de esta disposición del pueblo, el anciano y achacoso Muley reunió su consejo y abdicó el trono en favor de su hermano. Inmediata-

(2) Segun algunos escritores, las cadenas en que habian estado ahorrados estos infelices son las que enviaron los monarcas católicos á Toledo para suspenderlas en la fachada del convento de San Juan de los Reyes para que sirviesen de trofeo y perpetua memoria á la posteridad.

(3) Pulgar, Crón., part. III, caps. 44 á 47.

(4) Conde, p. IV, c. 37.



## CAPÍTULO V

El Zagal y Boabdil.—Sumision de Loja, Velez y Málaga

DE 1486 Á 1487

mente partieron embajadores á Málaga á llevar al Zagal la nueva de su proclamacion. Viniendo este camino de Granada con su amigo el valiente Reduan Venegas, encontró en una pradera de Sierra-Nevada á unos ciento veinte cristianos que descuidadamente al pié de un arroyo gozaban de la frescura de unas alamedas. Eran caballeros de Alcántara, que de Alhama habian salido á hacer una excursion de órden de su gobernador el clavero don Gutierre de Padilla. El Zagal cayó impetuosamente sobre ellos, y degollados todos sin que se salvara ninguno, entró en Granada orgullosamente con su escuadrón, ostentando los jinetes las lividas cabezas de los cruzados cristianos que de los arzones de sus sillas llevaban colgadas. Excusado es decir con cuánto aplauso recibirían al nuevo emir los moros granadinos (1).

Otro triunfo ganado á poco tiempo (3 de setiembre) por Reduan Venegas á las inmediaciones de Moclin sobre una hueste de caballeros é hidalgos capitaneados por el conde de Cabra, en que este noble caudillo á duras penas pudo salvarse herido, y en cuya gente se cebaron las lanzas moriscas, acabó de acreditar entre los moros el gobierno de su nuevo soberano el Zagal. La pena que la reina Isabel sintió por el desastre de Moclin, se templó algun tanto con las conquistas de Cambil y Alhajar en la frontera de Jaen, debidas á los certeros ataques de la artillería dirigida por el ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, y con la de otra fortaleza junto á Alhama, hecha por los caballeros de Calatrava capitaneados por el clavero Padilla. Con esto vinieron ya mas consolados los reyes al reino de Toledo, donde los llamaban asuntos pertenecientes al gobierno del Estado.

El viejo Muley Hacén, que despues de la forzada abdicacion se habia retirado sucesivamente á Illora, á Almuñecar y á Mondújar, en busca de distraccion y de salud, sin que bastaran ni la tranquilidad del desierto, ni el aire puro de la montaña, ni el aroma de deliciosos jardines á hacerle recobrar aquellos dos bienes, acabó al fin la carrera de sus dias en los brazos de la sultana Zoraya y de sus dos hijos Cad y Nasar (2). Hallábase á la sazón en Córdoba su hijo Boabdil el Chico, á quien lejos de apesadumbrar la muerte del que habia mirado siempre mas como enemigo que como padre, le infundió esperanzas de recobrar el trono. La sultana Aixa su madre, á fin de desacerditar y hacer odioso al Zagal que quedaba reinando en Granada, hizo con su acostumbrada malicia cundir la voz de que un filtro suministrado por este era el que habia puesto término á los dias de Muley. La calumniosa especie no fué difundida en vano entre los suspicaces moros; los partidos se enconaron de nuevo, y los hombres pensadores y enemigos de disturbios se estremecian á la sola idea de que pudieran reproducirse las trágicas escenas que habian hecho correr tanta sangre por las calles de Granada. En tal situacion se discurrió y fué adoptado como un pensamiento feliz, y como el único medio de conciliar las pretensiones del tío y del sobrino, dividir entre los dos el reino; que el Zagal imperaria en las ciudades de Almería, Málaga, Velez, y en el territorio de Almuñecar y la Alpujarra, donde habia ejercido mandos y cuyo país le era generalmente devoto y adicto; y que Boabdil dominaria la parte limitrofe á las fronteras cristianas, que se suponía habrían de ser mas respetadas por sus relaciones con los reyes de Castilla: los dos soberanos residirían simultáneamente en Granada, aposentado el Zagal en el alcázar de la Alhambra, Boabdil en el palacio del Albaicin.

La intencion con que cada uno de ellos suscribió al convenio y los resultados que produjo los veremos en otro capítulo.

(1) Bernaldez, c. 76.—Conde, ubi sup.—El sitio en que acació esta catástrofe se llamó el *Llano de la Matanza*.

(2) El Cura de los Palacios dice que su cuerpo, llevado á Granada en una humilde mula, fué enterrado por dos cautivos cristianos en el cementerio de los reyes. Pero el moderno historiador de Granada, Lafuente Alcántara, refiriéndose á la tradicion del país y á una obra manuscrita de don Francisco Córdoba y Peralta, titulada *Historia de las montañas del Sol y del Aire*, dice que se mandó enterrar y que fué realmente enterrado en el cerro mas alto de Sierra Nevada, y que aun conserva el nombre de *Pico de Mulhacem* la majestuosa cumbre de aquella sierra.—Hist. de Granada, tom. III, c. 17.

Resultado de la particion del reino granadino.—Declara Fernando la guerra á Boabdil.—Sitia segunda vez á Loja.—Combates: asaltos: capitulacion.—Condiciones á que se sujetó el rey Chico.—Evacuan los moros la ciudad.—Rendicion de Illora.—Preséntase la reina Isabel en el campamento de Moclin: entusiasmo del ejército.—Trajes de la reina y de sus damas: tiernas ceremonias.—Ríndense varias fortalezas.—Guerra á muerte entre Boabdil y el Zagal en las calles de Granada.—Fomentanla los cristianos.—Aventura del comendador Juan de Vera dentro de la Alhambra.—Don Fadrique de Toledo y el capitán Gonzalo de Córdoba.—Expedicion de un grande ejército cristiano á Velez Málaga.—Dificultades, trabajos y peligros que venció en su marcha.—Sitio de Velez.—Riesgo que corrió la vida del rey.—Derrota del Zagal.—Rendicion de Velez.—Importantes resultados.—Ciérransele al Zagal las puertas de Granada.—Cercan los cristianos á Málaga por mar y tierra.—Situacion, riqueza y fortificaciones de Málaga.—Valor, inflexibilidad y duro carácter del terrible Hamet el Zegrí.—Emplea Fernando la artillería gruesa contra la ciudad.—Combates sangrientos.—Suplicios horribles ejecutados por Hamet.—Desánimo en los reales de los cristianos.—Aparécese la reina Isabel en el campamento: efecto mágico que produce.—Lance ocurrido con un santon musulman: peligro que corrieron el rey y la reina de ser asesinados por el fanático moro.—Hambre horrible en Málaga.—Predicaciones de un profeta: entusiasmo al pueblo: política de Hamet el Zegrí.—Salida impetuosa de los moros: galantería de Ibrahim Zenete: última batalla.—Resolucion del indómito Hamet.—Proponen los malagueños la rendicion.—Duras condiciones que les impone Fernando.—Protesta heroica de los malagueños.—Carta sumisa al rey.—Ríndense á discrecion.—Entrada de los reyes en Málaga.—Prision de Hamet el Zegrí: su indomable espíritu.—Cautiverio de todos los habitantes de Málaga.—Medidas de gobierno que toman los reyes.—Vuelven con el ejército victorioso á Córdoba.

El resultado de la particion del reino granadino entre el Zagal y Boabdil fué el que debia esperarse, y el que esperaba sin duda el rey Fernando, conocedor de las pasiones de los hombres y de la mala voluntad que mutuamente se tenían los dos príncipes musulmanes. Ni el uno ni el otro habian aceptado el convenio de buena fe, y de ello se regocijaba en secreto el rey de Aragon. Así fué que Abdallah el Zagal previno desde luego á los walíes de Almería y de Guadix que estuviesen dispuestos á ayudarle contra Boabdil su sobrino, y este por su parte notició á Fernando el cristiano que la mitad del reino habia quedado bajo su obediencia, y que siendo feudatario de Castilla esperaba se abstendría de hacer la guerra á los pueblos de sus dominios. Dando el astuto esposo de Isabel á la comunicacion del rey Chico una interpretacion y un sentido en que sin duda no pensó el musulman, mostróse ofendido y receloso de su alianza con el Zagal, y dióle á entender que lo consideraba como una confederacion contra Castilla, impropia de su amistad, á la cual necesitaba hacer frente con las armas. El objeto de Fernando era intimidar á Boabdil, obrar como si no le ligase con él ningun compromiso, separarle de la alianza de su coreinante, y mantener viva la rivalidad entre los dos príncipes sarracenos.

Con grande asombro y no poca indignacion supo el rey Chico que una numerosa hueste cristiana de doce mil infantes y cinco mil caballos marchaba sobre Loja (mayo, 1486), una de las ciudades mas importantes de su pertenencia. Aquello no era sino una parte del grande ejército de cuarenta mil peones y doce mil jinetes que Isabel y Fernando habian llegado á reunir en Córdoba. Mandábase en jefe el mismo rey, y llevaba por caudillos al maestre de Santiago, al marqués de Cádiz, á los condes de Cabra y de Ureña, á don Alonso de Aguilar, al adelantado de Andalucía y á otros ilustres campeones. Además del enojo que produjo en Boabdil esta conducta de Fernando, en cuya amistad habia creído poder fiar, enardecieronle los alfaquíes de Granada y excitáronle á que acudiese lo mas brevemente posible en socorro de los de Loja, y así lo hizo, presentándose con cuatro mil hombres de á pié y cinco mil de á caballo en la plaza de la ciudad muy poco antes que se vieran tremolar los pendones cristianos en

una de las lomas que la dominaban. Entre los capitanes de Boabdil se contaban el brioso y terrible Hamet el Zegrí con sus negros africanos, y el hijo del famoso alcaide de Loja, Aliatar, llamado Izam ben Aliatar. Acompañaban al ejército cristiano Gaston de Lyon, senescal de Tolosa con algunos caballeros franceses, y el lord Scales, conde de Rivers, enlazado con la sangre real de Inglaterra, acaudillando trescientos hombres de su casa, armados de arcos y de hachas á la manera de su tierra. Estos ilustres aventureros habian venido á España atraídos por la fama de los reyes de Castilla á tomar parte con ellos en las guerras contra los moros.

Pronto se les presentó ocasion de ver por sí mismos lo que eran combates entre sarracenos y españoles. Comenzó la pelea con furioso ardimiento entre Boabdil, Ben Aliatar y los abencerrajes por una parte, don Alonso de Aguilar, el marqués de Cádiz y los hidalgos andaluces por otra. El rey Chico, que se hacia notar por su fina y brillante armadura, gallardo y apuesto en su presencia, y mas valiente que afortunado, tuvo que ser retirado del campo por sus abencerrajes, brotando sangre en abundancia por dos heridas que le abrieron los tiradores del marqués de Cádiz. Las furiosas acometidas de Hamet el Zegrí no bastaron á impedir á Fernando sentar sus reales en las colinas, colocar su artillería, fortificar sus trincheras y atacar la plaza por cuatro puntos simultáneamente. Allí comenzó á distinguirse entre otros capitanes el jóven Gonzalo de Córdoba, cuyas proezas habian de resonar por todo el mundo. Asaltada la ciudad por puertas, por muros y por tejados, arrollados los moros en calles y plazas, refugiáronse al alcázar despues de tres horas de mortandad, dejando la poblacion sembrada de cadáveres y á la merced de la soldadesca cristiana, que saqueaba á discrecion y degollaba sin piedad. El caballero inglés, conde de Rivers, que al frente de su cohorte habia combatido armado de punta en blanco descargando con su hacha golpes tan terribles que dejaba asombrados á los mas robustos montañeses, al dar el asalto del arrabal recibió una pedrada que le arrebató dos dientes y le derribó sin sentido en tierra. Á su vez Hamet el Zegrí habia sido herido tambien de una lanza cristiana, despues de presenciara la muerte de muchos valerosos alcaides y de muchos feroces gomeles de los de su tribu. Oponíase Boabdil á pedir capitulacion, á pesar de su mal estado y del abatimiento de los encerrados en el alcázar, temiendo la cólera de Fernando. Un discurso de Ben Aliatar le decidió á hacerlo, y se enarbó la bandera de parlamento en el castillo. Gonzalo de Córdoba fué el elegido para conferenciar con Boabdil, por ser amigo personal suyo desde la prision del rey moro en Porcuna. Con Hamet el Zegrí trató al propio tiempo el marqués de Cádiz. Al cabo de algunas conferencias quedó concertada la entrega del castillo con las condiciones siguientes:

Boabdil abdicaria el título de rey de Granada; en su lugar se le daría el de duque ó marqués de Guadix con el señorío de esta ciudad si se ganaba antes de seis meses; de otro modo obtendría la grandeza de Castilla: habia de hacer guerra sin descanso al Zagal, su tío: á los soldados y moradores de Loja se les permitiría pasar con sus bienes muebles á África ó Granada, ó á cualquier punto de la España cristiana, si lo preferían. Dados algunos rehenes para la seguridad del cumplimiento de la capitulacion, se entregó la fortaleza (29 de mayo, 1486), cuyo gobierno se encomendó al señor de Fuentidueña don Alvaro de Luna. Con llanto en los ojos evacuaron los moros á Loja, conduciéndolos el marqués de Cádiz hasta dejarlos en lugar seguro. El rey Chico salió casi desfallecido en compañía de Gonzalo de Córdoba á besar la mano á Fernando, que le recibió con la dulzura y benignidad que acostumbraba á usar con los vencidos. Curado Boabdil en Priego de sus heridas por físicos cristianos, trasladóse á Lorca para alimentarse desde allí la guerra contra su tío el Zagal. Así se rindió la soberbia Loja, que pocos años antes habia visto retirarse de delante de sus muros con poca honra al ejército cristiano, y así vengó Fernando la afrenta que en otro tiempo le habia hecho sufrir el brioso y altivo Aliatar. La reina Isabel celebró en Córdoba tan señalado triunfo de la manera que solia hacerlo, distribuyendo limosnas y repartiendo dádivas y consuelos á los cautivos rescatados. Queriendo hon-

rar con un rasgo de esplendidez al valeroso gentil-hombre inglés, señor de Scales, le hizo un presente de doce hermosos caballos, de joyas y telas preciosas, dos camas con colgaduras de tisú de oro ricamente labrado, y una magnífica tienda de campaña (1).

Un acontecimiento interesante, ó mas bien un espectáculo dramático y tierno ocurrió poco despues en el campamento del ejército cristiano. Á la conquista de Loja habia seguido la rendicion de Illora, asaltada con arrojo por la gente del duque del Infantado (2), y el ejército habia procedido á cercar á Moclin. Esperábase aquí á la reina Isabel para concertar á su presencia y con su dictámen el plan de las operaciones subsiguientes. Un brillante y lucido cuerpo al mando del marqués duque de Cádiz se habia adelantado á saludar á la ilustre princesa junto á la Peña de los Enamorados. Saludó Isabel muy cordialmente al esclarecido conquistador de Alhama, á quien estimaba como á la flor y espejo de sus caballeros, y prosiguió por Archidona á Loja, donde solo se detuvo el tiempo preciso para premiar á los valientes y socorrer y consolar á los heridos y enfermos. Aguardábasela con impaciente entusiasmo en el campamento de Moclin (junio, 1486). Grande y general fué el júbilo cuando se divisó la régia comitiva. Á la media legua de la villa la esperaba el duque del Infantado con un brillante séquito de caballeros vestidos de toda gala. Á su llegada abatió la hueste de Sevilla su vieja bandera, y á esta señal resonaron por el campo los vivas de todo el ejército.

Llevaba á su lado la reina de Castilla su hija la infanta Isabel, y rodeábala un cortejo de ilustres damas, todas en mulas cubiertas de ricos jaeces. Cabalgaba Isabel en una mula de color castaño, con silla guarnecida de oro y plata, enmantillada de terciopelo carmesí bordado de oro, con falsas bridas de raso entrelazadas con letras de aquel precioso metal. Cubria su cabeza un sombrero negro bordado, su cuerpo un manto de grana á estilo de las princesas árabes, y debajo vestia brial de terciopelo, y saya de brocado. Llevaba dos faldas de brocado y terciopelo, y una especie de capuz morisco de escarlata, á usanza de las nobles doncellas granadinas. Los caballeros y donceles del ejército iban luciendo sus mejores arrees y haciendo alarde de gallardía y gentileza al lado de las damas castellanas, y contrastaban con aquellos lujosos trajes las viejas y acribilladas banderas que se humillaban á hacer el saludo de honor á la ilustre heroína. Adelantose en esto á recibir á su amada esposa el rey Fernando con vistoso séquito de nobles andaluces y de grandes de Castilla. Montaba el rey un soberbio corcel castaño; vestía jubon carmesí y calzas de raso amarillo; cubria su coraza una sobreveste de brocado, y de sus hombros pendía un manto de lo mismo; ceñía al costado una cimitarra morisca. Entre los caballeros que acompañaban al rey se distinguía por su exquisito porte el noble inglés conde de Rivers, vestido de punta en blanco, con sombrero de plumaje á la francesa, sobretodo de brocado de seda tambien francés, y un broquete pendiente del brazo con bandas de oro. Caracoleaba en su soberbio caballo cubierto con ricos paramentos con tal garbo, soltura y gallardía, que excitaba la admiracion de los mejores jinetes españoles.

Saludáronse el rey y la reina al encontrarse, haciéndose tres reverencias. Luego se acercó Fernando y besó afectuosamente en la mejilla primeramente á su esposa y despues á su hija Isabel, trasladándose seguidamente á las tiendas que les tenian preparadas (3).

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, caps. 78 y 79.—Fernando del Pulgar Crón., p. III, c. 58.—Pulgar el de las Hazañas, Breve parte de las hazañas del Gran Capitan.—Lucio Marineo, Cosas memorables, folio 172.—Pedro Mártir de Angleria, Opus Epist., lib. I.

(2) Cuéntase que este personaje, el cual se distinguía entre los demás caballeros por su ostentoso boato personal y por el lujo con que llevaba su gente, viendo á sus vasallos un instante detenidos por la lluvia de proyectiles que sobre ellos caian al asaltar á Illora, les arengó energicamente y entre otras cosas les dijo: «¿Dareis lugar á que digan que llevamos mas gala en nuestros cuerpos que esfuerzo en nuestro corazon, y que solo somos soldados de día de fiesta?»

(3) Bernaldez, el Cura de los Palacios, da todos estos curiosos pormenores en su Historia MS. de los Reyes Católicos, c. 80.